



## CAPÍTULO XXVIII

**A**QUELLA semana, trabajó largamente Ernestina. El trabajo le dió contento, que á su vuelta pudo notar Pepe. Con lo ganado tapó bocas chillonas, devolviendo al prójimo lo que era de justicia. Y este dar al que prestó y se quejaba, le puso gozo en el alma.

Era un domingo tristón y desapacible. Marceaba... Julia, apoltronada en un sillón de la sala, bostezaba tediosa, y Víctor, con las manos en los bolsillos, iba arriba y abajo, ocioso, displicente, monologando sobre aquella vida lamentable. Lo mismo que su hijito en el cementerio, iban ellos pudriéndose lentamente en aquel piso, emparedados por tanta deuda, aislados por un extraño desamor, sin un nexo espiritual que les

hiciese soportable aquel vegetar melancólico, aquel reposo de ofidios adormecidos.

Sólo había una en aquella casa que gozase de la calle y de la libertad, la Mercedes, que con su embobamiento admirativo corría aquí y allá, gozosa, con sus amigachas. Por ella sabían la concurrencia de las paseos, los bailes de sardanas callejeras, las diversiones de la ciudad en teatros y cinematógrafos, los sermones de las iglesias, donde la mocería con una mútua devoción se amontonaba, y todo esto tan nimio y vulgar, daba dentera á Julia, que hubiera preferido llevarse á Víctor y volver á recoger las viejas admiraciones que levantaba su boá espléndido, ceñido con negligencia cuidada al busto y flotando con aire de caricia á lo largo de sus flancos triunfantes de matrona.

En ella también, también comenzaba el odio al escribiente, al hombre apocado é infeliz, que temía á los industriales avaros y á los tenderos desconfiados, á todos aquellos despreciables acreedores, á quienes ella imponía respeto con su aire señorial y elegantado. Era mil veces peor el arrinconarse, dando razón á las chismografías, no plantar cara á los murmuradores. ¿Acaso habían estado á alguien? Y siempre y en todo, poco á poco ¿no salían sin mácula en su

honor? Cada día tenía aquellos mismos pensamientos, y como á Víctor, los suyos la disgustaban, le hacían amargar las horas, hasta la en que, con la vecina del segundo y su madre, se entregaba á la pasión de la brisca.

Doña Rosa no tenía más anhelo que el quedarse en casa en el vagar forzoso de los domingos, que le permitía no arreglarse sus cabellos grises, ni oprimir el pecho ubérrimo, descorsitado, que se cobijaba en las bolsas de la chambera suelta, ni calzar las apretadas botas nuevas, ahora substituidas por amplias zapatillas.

Aquella tarde, la vecina se hacía esperar. Doña Rosa, impaciente por comenzar la partida de brisca, pensó que mientras Pepe y Ernestina cortejaban, bien podía bajar al segundo á ver que le pasaba á aquella buena señora que no se decidía á subir. Ni por asomo, malició que en su momentánea ausencia, pudiera acaecerle algo á Ernestina. Doña Rosa era indulgente con los pecadillos de los enamorados, y además Pepe Fors era muy caballero y muy juiciosa Ernestina, para suponer, recelosamente, la posibilidad de acontecimientos.

Pepe Fors fumaba tranquilamente, en pie, detrás del balcón, cara á la calle, mientras ella arreglaba un lazo suntuoso para el escote de un traje de baile. Con-

versaban apaciblemente, que aquel día no había violencias de amor en el viudo. El portazo de doña Rosa, le hizo volver la cabeza, y parando la plática, con los ojos encendidos, cogió una silla, sentándose junto á la modista. Pepe Fors sabía que Mercedes, como cada domingo, estaba callejeando, que Víctor y Julia no entraban nunca en el comedor á interrumpir el cortejo; el uno por vergüenza y la otra por creerlo impropio de su alta representación de persona formal.

Lo propicio de la ocasión, encendió en Pepe Fors su antiguo y fracasado propósito de sondear la sensibilidad de Ernestina. O ahora, ó nunca—se dijo.—Y un ramalazo de deseo le alborotó la sangre.

Pasó, insinuante, afectuoso, su brazo en el respaldo de la silla, disponiéndose á ceñir la cintura. Pensó que en aquel instante la estrategia—que en él variaba según el caso—aconsejaba un ataque brusco, decisivo, que dejase á la doncella sin defensa. No era posible la sugestión. Faltaba tiempo para la lenta preparación; doña Rosa volvería en seguida. Y ¡qué demonio! A veces las salvajes embestidas producen maravillosos resultados.

—¡Ernestina! ¡Ernestina mía!

Sorprendida por aquel impensado balbuceo de fauno, fué á levantar la ca-

beza. Un aliento ardoroso que olía á tabaco le dió en la cara; una manaza le oprimió la cintura; sintió un tacto impaciente y lúbrico por las ropas y profanado el pecho por una furia de exprimir y sobar aquellos capullos sin ufanía, y los labios de Pepe Fors clavados en la garganta, hacia la oreja, en el comienzo de la curva deliciosa de la sota-barba, sorbiendo golosamente la sangre, hasta dejar en la piel fina un botón bermejo.

Una protesta, casi inconsciente de la virginidad amenazada, un instintivo despertar del organismo, repelieron á Pepe Fors, que fué á caer sobre la mesa. Derecho, inmóvil, con odio en la lividez de la cara, los ojos firmes y retadores, vió Víctor desde el pasillo la escena y la caída del viudo donjuanesco. Pepe Fors, al verlo, sonrió, como si todo aquello fuese inofensiva y disculpable broma, ganas, sin pecado, de jugar. Ernestina, tras las contras del balcón, avergonzada del ultraje, lloraba, y un hipo quejumbroso ponía un compás que hacía daño, en sus espaldas de afligida.

Víctor abrió la puerta. Sin decir palabra, señaló á Pepe Fors las escaleras. Aún, el galán, intentó una reconciliación con la doncella ofendida, que ésta no quiso escuchar.

—Sí, Víctor, sí, que se vaya. Échaló, y que no vuelva más, que no vuelva.



## CAPÍTULO XXIX

**A**L enterarse doña Rosa, se indignó. ¿De manera, que lo de Pepe y Ernestina, había acabado, pero acabado del todo y sin remedio?

—Tú has hecho una de las tuyas, Víctor. Te has lucido, como hay Dios que te has lucido, la primera vez que te metes en las cosas de casa.

No podía dejar ni un momento la casa, estaba visto. Una ausencia de cinco minutos y un escándalo ¡oh! y total, por nada, por una trastada de enamorado. Hacerse al interesante, novelear, costaba poco. Ahora verían como se las componía para mantener á todas ellas, Víctor, tan mañoso, tan ganancioso. Y ella, la señorita, doña Pudores, ya

sabría, con el tiempo, lo que cuesta lograr una suerte como aquella que acababa de despedir por una tontería.

La elocuencia de doña Rosa fué aprobada por las dos otras hijas, que no se resignaban á perder aquel cuñado pudoroso, que se disponía á apuntalar la casa. Julia se deshizo en ironías. ¡Dios y qué quisquilloso era Víctor en cuestión de honras ajenas! No se acordaba, seguramente de cuando era novio y recogía besos á hurtadillas. Que se lo contaran á ella.

Duró el malhumor de aquellas mujeres tres ó cuatro días, hasta que Julia insinuó algo que hizo renacer el optimismo de doña Rosa. Escribirían á Pepe Fors. Valía la pena de saber como había tomado la cosa, porque quizás no estaba todo perdido, y tras unas disculpas, vendría la reconciliación.

Durante los conciliábulos estos, Ernestina volvió á emparedarse en su cuarto. Las horas corrían cansinas, exprimiendo amarguras, y alborotando los pudores de la pobre muchacha, que no sabía comprender el ultraje, y que aquel cuerpo suyo hubiese sido profanado. Habría querido bañarse por pureza, borrar aquel rosetón que estigmatizaba su garganta, curar aquella impresión de quemazón que corría por su carne, estela sacrílega de una mano cochina, y

las miradas, sobre todo las de Víctor, la acongojaban.

¿Qué pensaría Víctor? Los ojos del escribiente la seguían, tozudos, con una mirada profunda y desencantada. Procuraba no hallarlo á solas, porque viendo la expresión desesperada de su cuñado, le entraban ansias de postrarse ante él y pedirle perdón, asegurándole que ello no alentó al atrevido y que de aquel acto conservaba tan solo una sensación de repugnancia.

Doña Rosa, Julia y Mercedes, aguardaron vanamente la respuesta conciliadora de Pepe Fors, y entonces, allí fué el desconsuelo exasperado, la aflicción chillona, el hablar desesperadamente de la situación. La falta de la paga adelantada á Víctor para el entierro, comenzó á notarse. Ernestina, sin oficiales, no pudo servir á las parroquianas y las mejores, habían desertado de su taller, y no pasaba hora sin que el picaporte anunciase gente que reclamaba deudas olvidadas, con una voz áspera y exigente, que no dulcificaban ni la diplomacia de doña Rosa, ni el aparato de Julia. Cuando Mercedes iba á comprar, algunos tenderos le hacían transmitir irrespetuosas peticiones ó bien se negaban á entregarle nada, volviendo á casa la muchacha con las manos vacías.

Julia se decidió á trabajar. Cosió á

máquina, pero llena de enojo; la más insignificante contrariedad le hacía saltar las lágrimas y reñir continuamente á Ernestina, que vió, sumado á sus males, aquella censora implacable.

Sobrevino la crisis, pero á pesar de sentir los primeros síntomas, Ernestina, estoica, siguió cosiendo sin lanzar una queja. Por la tarde, el dolor, quieras que no, la obligó á meterse en cama. Se adueñó el pánico de la casa. Doña Rosa y Mercedes corrieron al taller para acabar, como se pudiera, con los trajes comenzados. Por si una trencilla tenía que ponerse así ó asá, sobrevenían disputas escandalosas que Ernestina intentaba evitar, guiando el trabajo desde el lecho. ¡Oh, aquella labor, aquella eterna labor, aquel diluvio de ropa hilvanada que la perseguía hasta el borde de su lecho, que no la dejaba ni tiempo para sus quejidos de víctima y de enferma!... Al atardecer, de vuelta del despacho, halló Víctor á su suegra enfriando una taza de té.

—¿Es para Ernestina?

—Sí, hombre, sí. Ya hacía tiempo que descansábamos. En esta casa, todo se presenta al mismo tiempo.

—Y el médico ¿ha venido?

—¿El médico? ¿Para qué? Como si no supiésemos lo que tiene. ¡Vaya una novedad!

Víctor no supo qué hacer, si entrar ó no á ver á su cuñada. Cenando—una cena rara, de familia que repentinamente se decida á ahorrar—preguntó si el dolor era fuerte, porque él no la oía quejarse. Por la puerta entornada, entró uno de aquellos gemidos que llenaban de compasión al pobre escribiente. Su inquietud, acrecentada por aquella voz quejumbrosa, lo lanzó al cuarto de Ernestina, y Julia, viéndolo tan conmovido, refunfuñó como si aquello no fuese amar á la dolorosa, sino propósito de echarles en cara su indiferencia.

—No parece sino que éste, no la ha oído nunca quejarse.

Y en su boca de remilgada, puso una contracción desdeñosa.



### CAPÍTULO XXX

**E**RNESTINA y Víctor, otra vez viéronse unidos por la fuerza incontrastable de las cosas, y en medio del desastre, la idea de que ya no se separarían, de que la vida de su dolor la vivirían juntos, les dió consuelo.

Al principio, un pequeño recelo les encogió. El sentía la misión de curar otra vez á su cuñada, pero en un recoveco de su espíritu, se movía un malestar impreciso, una vaga molestia, una cándida celosía de niño que recuerda su traje de fiesta manchado por la travesura de un camarada inquieto, y ella eludía su mirada en un injustificado remordimiento de culpable, sintiéndose amorosa por aquel piadoso amigo, en cuyos brazos se adormecería sin inquietud como en el regazo de su madre.

—Ernestina, las inyecciones.

La enferma, obediente, alargaba el brazo, rostro á la pared. Un insomnio, entre neblinas, conturbaba sus sentidos, enrevesando sus sensaciones y veía crecer la sombra de Víctor á lo largo de la pared, parecida á la de un gigante amable, danzando con oscilaciones de enamorado, envolviéndola, estrujándola, hasta disolver su cuerpo dañado y su alma cavilosa, en una paz de exorcismo, en una beatitud quimérica. Amodorrada, oía sus gemidos y no sabía explicárselos.

Y Víctor, en éxtasis, la miraba absorbiendo la visión de aquel pelo sedoso, revuelto por las agitaciones doloridas; de la mejilla mustia, poetizada por el recuerdo de la luz, mística; de la pulpa de la oreja, apuntando, anémica, entre los rizos que abrigaban el nacimiento de la garganta, donde una arteria palpitaba, dándoles un aire suave y un acompasado estremecimiento de besos; del escorzo de la mano blanca, recogiendo la sábana con un gesto de pudor y agitando imperceptiblemente los dedos, como si teclase una sonata invisible; del aroma de misterio que surgía de aquellas carnes, adivinadas por los pliegues de la manta humilde. El alma se le encendía como en un canto de poeta que dijese versos bajo la luna

romántica, siguiendo los arpegios de una lira.

Al aparecer su suegra para relevarlo, desgredada, caído el pechazo, arrastras las faldas, friolera, bostezando soñolienta, mostrando los dientes careados que se movían en las encías, como las campanas de un viejo campanario, sintió Víctor todo el enojo de aquella realidad, que acudía á lanzarlo de aquel rincón de fervor, de aquel camerín de poesía, donde su vida de burócrata iba redimiéndose, aprendiendo á estimar ideales cosas que hacían sufrir noblemente.

Julia dormía con animal sosiego. Víctor se desnudó, poco á poco, en silencio, deslizándose flexible en el lecho amplio sin despertarla. El calor del cuerpo de la esposa le fué grato, pero él procuró conservar el estado de gracia de su alma, resistiendo las invitaciones del instinto, pensando en las enfermas blancuras de Ernestina, en su divagar en el insomnio morfiniano y en los escorzos de la virgen esfumándose en las claridades tristes del obrador santificado. Y tascando las irreverencias del instinto, junto á las pompas de la esposa, ofrendó la pureza de aquella noche á la virgen enferma.





## CAPÍTULO XXXI

**A** Ernestina esta vez, la enfermedad duróle mucho. Al cabo de quince días, aún sentía en el corazón un dolorcillo molesto, y su debilidad era grandísima.

Al fin, un día pudo incorporarse en la cama apoyando la espalda en un montón de almohadas. Era el día de San José, y Víctor le había pedido á un compañero de oficina, un libro para entretener á su cuñada. Hacía un hermoso sol aquella tarde; fueron á visitar á la enferma dos parroquianas amigas, dos señoras—madre é hija—hermosas, elegantes, tocadas de enormes sombreros desbordantes de flores, con los velillos tendidos sobre los rostros finos, y sonrosados.

La costurera alargóles sus manos demacradas, ascéticas, temblantes de agradecimiento, que estrechaban afectuosas. Ellas no pudieron disimular la penosa impresión que las produjo el verla tan débil y desmejorada; la besaron y bajando luego los velillos con la punta de los dedos enguantados, aristocráticos, sentáronse en dos sillas que les ofrecía Víctor.

—¿Cuándo vas á ponerte buena, Ernestina?

Se sentía turbada; contestó con un ingenuo encogimiento de hombros.

La habitación entera inundábase del reflejo del sol sobre las casas de enfrente. Un leve perfume á violeta y trébol llenaba el ambiente y las visitantes, en su caritativo deseo de animar la convaleciente, sonreían mostrando el marfil de su dentadura perfecta, bajo el verde de los tules del velillo, entre el granate de las bocas perfectas.

Hablaron—piadosas—de felicidades, del buen tiempo, de la primavera que iniciábase esplendorosa y tibia. Era maravilloso el aspecto de la campiña, la pujanza con que retoñaban las plantas... Venían ellas de su jardincito; dentro de poco estaría lleno de flores.

No recordaba Julia hacia donde estaba el jardín. Doña Rosa sí se acordaba; era precioso.

Entonces, la señora mayor, invitó á Ernestina para que, cuando estuviera buena, fuera á cortar violetas; estaría lleno; su hija, en un momento, había cortado un gran ramo, que mostraba triunfadora y en un arranque de generosidad, dejólo sobre la falda de la costurera. Lo hizo con cierto encogimiento respetuoso, como quien deja la humildad de una ofrenda al pie de una imagen venerada.

Ernestina, jugando con aquellas violetas, de un morado profundo, que parecían saludarla tristemente con sus caritas de flor modesta, comenzó á llorar.

¿Qué era aquello? Había de dejarse de boberías; venía el buen tiempo y lo que había de hacer era reponerse pronto; no pensar en nada, prescindir de figurines y agujas y vestidos, y marcharse una temporada al campo. ¿Que con quién? ¡Con ellas! En un pueblecillo costero, entre naranjos y pinos, respirando el aire perfumado del mar y las resinas, con el espíritu tranquilo, fortaleceríase y se pondría gruesa y espléndida como Julia. Quedaba decidido. Ya vería aquel corazoncito revolucionario como le aplaudían. ¿Verdad, doña Rosa?

Aplaudía doña Rosa. Sí; se lo ofrecían gustosas, bien claro se veía.

—No te apenes, boba, por el trabajo.

Ya saldrían del paso; y además, que allí estaba Víctor para mantenerlas; ya sabía que sabían economizar.

Julia asentía. De creerla Ernestina, hacía tiempo que hubiera dejado los útiles de costura; abandonando aquellos quebraderos de cabeza por satisfacer á tanta gente. Tenía gran parte de culpa por lo que le pasaba.

Víctor, indignado, mordiéndose las uñas, desapareció.

Al marcharse las dos señoras, apareció la vecina para organizar la partida de brisca. Atormentábale más que de costumbre el ahogo. Venía pertrechada de naipes nuevos por estar los antiguos tan grasientos que no había quien los despegara; recomendó que no se humedecieran los dedos para *coger* y que no los abarquillasen porque ahora con el impuesto del Estado eran bien caros unos naipes.

La partida hízose en seguida interesante. Iban las tres jugadoras cada cual por su cuenta y parecía decidirse la suerte—de un modo escandaloso—por la opulenta mujer de Víctor. Este vagaba indeciso del comedor al cuarto de Ernestina. Hacía una temporada que sentía recelos de lo que pudieran pensar Julia y su madre. Quedarse cerca de Ernestina cuando su presencia allí no estaba muy justificada parecía impru-

dente; dejar á su cuñadita sola y aburrida, con los ojos llorosos, melancólica, lo encontraba inhumano.

Su conciencia débil, no bien limpia de remordimientos, no se atrevía á resolver...

La cama de Ernestina estaba separada del resto del cuarto que servía de taller por unas cortinas de linón planchadas; ella que oía el caminar incierto del escribiente y percibía su sombra tras la luminosa transparencia de la tela blanca, le llamó.

Víctor, oye...

Al tenerle cerca, enmudeció.

El sol palidecía sobre las casas de enfrente; descendía del cielo un temblor de crepúsculo. En aquella hora gris los dos cuñados miráronse un momento. Era la primera vez después de la bestial acometida de Pepe, que ella se atrevía á mirarle cara á cara.

Le alargó el ramo de violetas para que lo sacara del cuarto; le desagradaba el perfume demasiado intenso.

—¿Volverás á hacerme compañía?

—Sí, Ernestina.

Apresuróse á hacerlo, y regresó con el corazón sobresaltado por una vaga esperanza.

En la camita de hierro torcida por el uso, el cuerpo de Ernestina resbalaba y rogó ella que le arreglara las almoha-

das. El rostro de Víctor tiñóse de un rubor leve.

Después los dos intentaron hablar de cualquier cosa para desvanecer el rubor que les causaba aquella intimidad silenciosa. Hablarían de la visita; coincidieron ambos en la elección. Comenzó ella: —¡Oh, aquellas buenas amigas, tan hermosas y discretas! ¡Cuánto le agradecería la oferta! La eternecía hallar personas así en el mundo... Naranjos... Pinos... aire perfumado... no pensar en nada... Sí, sí, como un hermoso ensueño. Su madre y Julia lo veían todo llano.

Bajó la cabeza, pensativa; enmudeció, y después dejó escapar una triste idea:

—¡Yo no lo veré nunca el mar!

Había ladeado la cabeza con una languidez suprema, toda ella inmóvil, los brazos caídos á lo largo del cuerpo, las manos inertes abiertas hacia arriba como esperando algo.

Con el gesto desolado, habíase descubierto su garganta azulenca de imagen bizantina; el mantón de lana que le abrigaba la espalda había resbalado, y Ernestina mostraba ahora inconscientemente la huella brutal del beso de Pepe, que tanto cuidaba de ocultar.

La vió Víctor á pesar de la poca claridad que había en la habitación. Sus pupilas bondadosas fijáronse en la mancha escarlata con una gran mirada ce-

losa de histérico. Y fué acercándose para tener una certeza martirizadora, hasta que ella, la estigmatizada, percibió en su carne el aliento quemante que exhalaban los labios del pobre escribiente, hinchados de una pena inconsolable.

—¡Oh, Ernestina, Ernestina; qué triste es esto!

No pudo callar; estallaba para no morir, lanzando su desespero poco á poco con palabra comedida de hombre honrado que se lamenta para aligerar el corazón de un peso irresistible.

Ella, volviendo en sí, quiso ocultar la garganta profanada, bajando la cabeza, envolviéndose apresuradamente en la nube color de rosa que le caía por la espalda, pero Víctor sujetóla suavemente, una mano en la frente y otra en las de ella, deseoso de embriagarse de celos hasta convencerse de que era aquello la huella de unos labios lujuriosos, el sello cruel de una boca inmunda, el contacto lascivo de un asqueroso animal hambriento de sangre de virgen.

De repente, impensadamente, rindióse: anegáronse los ojos, lanzó un ronco suspiro de agonía y cayó arrodillado, acultando el rostro en la blandura de la cama, reteniendo las manos de Ernestina, besándolas desesperado, entre sollozos enormes que sacudían su torso humillado.

—Victor, Víctor. ¡Oh, Víctor!...

No protestaba ella; dejábale hacer, inmóvil, abandonándose al transporte de aquel enamorado con una vaga sensación deliciosa, como si aquellos besos y aquel llanto la purificaran absolviéndola de su pasado no exento de culpa. ¡Oh, sí, sí, había algo abyecto en su comportamiento! Habíase comprometido sin amar, había consentido en entregarse á Pepe por el mezquino precio de un bienestar material y tal vez por la vulgar desesperación de las solteras.

—¡Perdón, Víctor!

El no estaba ya tan afligido; deliraba con una terneza dulcemente casta, jugando con los dedos de Ernestina llenos de lágrimas, hundiéndolos en su barba castaña y rizada, mordiéndole las uñas amarillentas con una cándida voluptuosidad, con el loco deseo de una madre santamente ufana de las deliciosas perfecciones de su hijito.

No se preocuparon de la proximidad de doña Rosa y demás compañeras de juego. Las oían como el rumor lejano de algo que no podía llegar al lugar de consuelo donde ellos se hallaban. Habíanse olvidado los unos de los otros.

Julia que habíale pescado diez tantos á la señora asmática, reía estrepitosamente...



## CAPÍTULO XXXII

**E**RNESTINA sufrió una recaída. Aún que convencida doña Rosa de que era aquello lo de siempre, consintió en hacer lo que proponía Víctor.

Llamaron al doctor. El viejecito apareció por la mañana, temprano, entrando pausadamente, sin descubrirse, cruzadas las manos atrás, abrochada la chaqueta hasta la barba, con un cigarro infernal en la boca que chispeaba entre la ceniza negruzca como un trozo de palo. Seguíanle Julia, doña Rosa y Víctor que acababan de levantarse. Ernestina, exhausta, quejábase inmóvil, horriblemente pálida.

—Vamos á ver... ¿Querían decirle cómo empezó el dolor la vez aquella?

Hablaban á un tiempo los tres; el médico atendía solo á lo que decía Víctor.

—¿Se ha emocionado? ¿Ha tenido algún disgusto? Paseó la mirada por los rostros de todos en busca de contestación, fijándose, más que en nadie, en doña Rosa, cual si ella sólo pudiera saberlo con certeza.

Victor confuso, estuvo á punto de confesarse autor de aquella recaída.

El médico despidióse preocupado, hablando entre dientes de nuevos desórdenes, de cierto estado asmático inquietante... En fin, en cuanto desapareciera el acceso, hablarían largamente. No podía jugarse con el corazón.

La costurera llegó á un estado lamentable; la morfina producíale un sueño horrible del que salía excitadísima gritando que no la dejaran sola, que la despertaran porque se moría de miedo.

Evocaba en sueños unos subterráneos inmensos, cruzados de largas galerías y estrechas, obstruidas por cadáveres apilados sobre rústicas losas, por donde corrían escarabajos enormes, verdosos, que crugían sus antenas hórridamente. Ahogábase allí dentro; el aire irrespirable estaba saturado de pestíferas emanaciones... Para salir había que abrirse paso entre aquellos cuerpos rígidos cogiéndolos con las manos paralizadas de terror y repugnancia. Y tras de un montón venía otro; en los rin-

cones, en las puertas, por todas partes, los cadáveres se multiplicaban, cegando la salida, entrelazados unos con otros, desnudos, con la piel de color de cera, moradas las plantas de los piés, las órbitas de los ojos negruzcas, los dientes y las uñas brillantes como fichas de marfil y el cabello erizado en los cráneos abiertos, tintados de sangre coagulada.

Y no acababa nunca aquella tarea macabra... Era un apartar cadáveres lento, eterno... sin reposo, arrastrándolos de un lado á otro, con los brazos cansados, las piernas temblonas y el corazón muerto de miedo. A las veces aquellos muertos parecían compadecerse de ella; dejaban llevarse de buen grado y movidos de una buena intención, tornábanse ligeros como paja, pero los había pesados como el plomo que oponían resistencia á lostirones, que resbalaban entre las manos de Ernestina, ensuciándolas de algo gelatinoso que apeataba. Ella entonces las sacudía con asco sobrehumano y volvía á la tarea, tiraba, tiraba, y el muerto, terco, iba siguiendo con una calma mortificante hasta que otra vez se le escapaba..... Y así siempre.

Cuando le despertaban para que tomara algo, suspiraba desesperada y eran sus primeras palabras:

—¡Por la Virgen, no me dejéis dormir!

Victor no sabía como componérselas; si sería peor para su cuñada el remedio que la enfermedad. Arrepentíase con toda su alma de haber sido débil y haberle descubierto á Ernestina el amor que por ella sentía... ¡Oh, no; nunca más! No volvería á llorar delante de ella, ni á besarle las manos, ni á mirarla fijamente con ojos adúlteros! Emplearía sus pobres energías en protegerla, en curarla, en evitar todo choque violento que pudiera trastornar su naturaleza de sensitiva.

Ernestina, al cabo de dos semanas, blanca como el lino, adelgazada por la dieta, con los ojos más grandes y diáfanos y la frente surcada por una gran arruga de melancolía, volvía á trabajar sentada en una silla, cerca del balcón.

Aún no estaba curada y en ella todo revelaba un desfallecimiento y una prostración invencible. La espantaba el trabajo atrasado: aquellas ropas apiladas allí durante su enfermedad. No sabía como arreglarlo: en cuanto cogía hallaba huellas de las manos alborotadas de su madre ó de la costura displicente de Julia.

Se apuraba. Y no era cuestión de gaudular porque las cosas de la casa iban cada día de mal en peor. Víctor cobraba

su sueldo con un gran descuento, merced á lo cual dejábanle en paz los acreedores; el resto del sueldo que él entregaba á doña Rosa, desaparecía en la primera quincena del mes. Más tarde, como notara que á la pobre Ernestina le faltaban muchas cosas, reservábase cada mes una pequeña cantidad. Ella, al principio, rechazaba ruborizada aquellos presentes de golosinas y específicos caros que su cuñado le daba sin que los demás se enteraran, sacándolo de los grandes bolsillos del abrigo. Pero mirábala él de un modo tan triste, con un gesto tan suplicante, que ella cedía dándole las gracias con una sonrisa de resignada.

Con todo, aquellas cosas, tomadas á escondidas, no le aprovechaban. Parecíale cometer una acción ruin, un acto de reprobable egoísmo, y muchas veces guardábalo en un cajón olvidándolo entre cintas y retazos,

Un día cumplió el médico su promesa de hablarle claro á doña Rosa. Ante todo era necesario que á Ernestina le diera el sol y el aire; sacarla de aquel taller donde sus nervios se excitaban, quitarle el trabajo, procurarle alegrías, alimentarla bien.

Era en vano llenarle el estómago de drogas mientras estuviera el cuerpo inactivo y preocupado el ánimo y fueran

sus digestiones interrumpidas por las prisas de las parroquianas.

Dejarla doce horas sentada en la maldita silla, engullendo aprisa manjares de difícil digerir, y recalentados, podía producir fatales resultados. El no hacía más que avisarles; cumplía con su deber y listos.

Doña Rosa se tranquilizaba. Aquello no era nada difícil... A ver: por la mañana un buen paseo, una horita bien aprovechada subiendo y bajando montañas, bebería agua en la Fuente del Hierro y... ¡bueno, sí! nuevas oficialas en el taller, Ernestina actuando de directora, chuletas y buen caldo, y Víctor que pidiera un pequeño aumento de sueldo. Se lo merecía. ¡Qué diablo! ¡Bastante le explotaban en aquella casa!

Costó mucho convencer á la costurera de la necesidad de aquel paseo matinal. Oyendo á su madre hablar de aquello, tornábase perezosa. Nada de caminos llanos, que cansan; hacía los altos donde es más puro el aire; á triscar por aquellos altozanos llenos de romeros, sin pararse porque puede pescarse un aire, de estar algo sudada. Nombró un lugar distante una hora y media, de camino intransitable: el subir allí despertaba el apetito.

Al fin, un día Mercedes llevóse á su hermana hacia las antiguas fortificacio-

nes de la ciudad. Iba alegre, procurando animar á Ernestina que desfallecía sólo de ver aquellas alturas.

Hacía buen sol; en el fondo de los pequeños valles, los árboles secos comenzaban á verdear; al ras de los trigales jugueteaban las alondras persiguiéndose, elevándose en la claridad sonriente del cielo esplendoroso; bordeando el camino, arces en flor dábanle sus perfumes á la brisa matinal que estremecía delicadamente las herbazales de los márgenes con su lenta caricia voluptuosa.

Ernestina admirábase de todo. Aquellos alrededores de la ciudad de mezquina vegetación, tenían para ella un encanto paradisiaco. En sus treinta años de vivir en la ciudad desconocíales.

A medida que iban subiendo, descubrían bellas prespectivas, admirables horizontes de coloraciones exquisitas; allá lejos las montañas florecían en blanco bañadas de luz y, más cerca, sierras y sierras cubiertas de pinedas, de castaños grises envueltos en suave neblina que afinaba las tonalidades, mientras abajo el río, aquel río infecto tornábase deslumbrador, ondeando sobre un llano cuadrículado de campos esmeraldinos y, más cerca, en las pendientes cultivadas, casaes grandiosos y pequeños cortijos con las puertas y ventanas abiertas, mostrando sus fachadas



tras los pajares cual rostros muy francos de ojos y boca muy abiertos, que expresaran el éxtasis sencillo de su alma primitiva.

Subieron por un camino dominado por las formidables ruínas de una vieja torre. Bordeábanle por cada lado almenas desprendidas de la muralla sombría. Ernestina apoyábase en ellas descansando...

Casi rozándola, pasaban con rumbo á la ciudad mujeres con su haz de leña sobre la espalda; muchachas pulcras en el vestir y presumidas en el tocado, que iban con el cestito de los requesones; pastoras de ojos pícaros cuidando de unas cabras...—

—Buenos días... Buenos días.

Las miradas curiosas volvíanse hacia la modista, como atraídas por algo insólito.

Las dos hermanas emprendieron de nuevo la subida.

Era la hora del desayuno y en el campo los trabajadores—la herramienta clavada en tierra—formaban corros alrededor de las servilletas extendidas sobre la tierra humeante, alzando sus porrones donde el vino centelleaba con reflejos de escarlata... También tenían para ellas un saludo:

—Buenos días, muchachas, buenos días ..

Tales pruebas de simpatía recibidas de aquellos desconocidos, hacían humedecer los párpados á Ernestina.

Seguro que toda aquella gente de rostro tostado, rebosante de salud, de mirada alegre, compadeciábase de ella, de su respirar fatigoso, de su caminar lento, de aquella su esbeltez de virgen ciudadana y de sus palideces de prisionera aniquilada por un largo cautiverio.

Caminaban por un sendero llano, cuando, de repente, Ernestina fué acometida de un acceso de ahogo, cual si unas manos gigantescas le apretujaran los pulmones. Enturbiósele la vista, y, por no caer, hubo de apoyarse en su hermana. Mercedes á pesar de su habitual ligereza de carácter, se asustó.

—¡Dios te valga, Ernestina! ¿Qué tienes? Sentóla en una roca y acariciábala inconscientemente cual si fuera aquello una rareza.

—¿Te pasa?

Ernestina, sin poder hablar, señalaba que sí y suspiraba, suspiraba con afán, desesperadamente, con los ojos desorbitados y agitado el pecho por un esfuerzo inútil.

¡Oh, qué dolorosa aquella muchacha sin poder respirar, en plena naturaleza, frente á aquellas lejanías espléndidas, bañándose en el aire puro y vivificante, mientras á su alrededor

triunfaba la vida intensamente, mientras insectos y pájaros y flores agitábase de aquel oxígeno que á ella estábale vedado!

Fué rehaciendose poco á poco y Mercedes, ya más tranquila, púsose á cortar violetas abajo de la roca, no muy lejos de Ernestina.

—¡Oh, mira, mira cuántas! Enseñábaselas contenta de que hubiera sido tan poco duradero lo de su hermana y creyendo que distrayéndose acabaría de pasársele.

Ernestina asustada, con la boca entreabierta, la respiración aún acelerada, las manos sobre las rodillas, inmóvil, extasiada, miraba hacia la lejanía con serena tristeza de esfinge.

Aquel amplio espacio luminoso que anegaba al mundo del azul purísimo de un dosel infinito, ¡cuán bellamente imponente parecía! Ante aquello, todo lo suyo y lo de los suyos volvíase nimiedad... Su mal, un pequeño accidente: su muerte la desaparición de una leve cosa insignificante; cosas nimias sin importancia las penas y las deudas que afligíanles ante la grandiosa majestad de aquellos horizontes perdidos en la vibrante luz del cielo. El mismo amor inconfesado de Víctor, el pobre sensitivo que contentábase besándole las manos y llorando como un niño aver-

gonzado, ¿qué era sino una quimera engendrada tiempo hacía, un afán de cariño de un animalito aborrecido, á quien nadie acaricia? ¡Quizá él sintiera remordimientos por quererla! Y su madre y Julia se escandalizarían si supieran que ella se apiadaba de aquel hombre y consentía darle el mezquino consuelo de una complicidad pasiva.

¡Bah! En un pisito lleno de retazos y de trastos los minúsculos accidentes adquirirían ridícula trascendencia...

Sorprendióse. ¡Qué altos volaban hoy sus pensamientos!

—¿Qué me pasa?

Aquella mañana, Ernestina impresionada por lo acaecido, era presa de un fúnebre presentimiento; sentíase desprendida de toda cosa terrenal y tenía la claridad de juicio de los espíritus libres.

Sin avanzar más, emprendieron la vuelta.

Andando, preguntó el nombre de aquella cordillera nevada que alzabase ante el infinito; el de un pueblecillo que anidaba entre un robledal y el de una ermita blanca que brillaba sobre la montaña:

Encogióse de hombros Mercedes.

—¡Pobre de mí! Qué se yo de esas cosas lejanas...

Lo dijo melancólica, con inflexión añoradiza.

Pensó Ernestina que era cierto, que ambas veían por vez primera aquel trozo de mundo y que nada sabían de él...

Pasaban dos chiquillas; llevaban una un capazo con hierba y dijole á la otra mirando á Ernestina de reojo!

—Debe de estar tísica...

Derramaron luego una risa cristalina.

Entonces Ernestina recomendó á Mercedes que á nadie hablara de su accidente. Quizá se alarman y no valía la pena.

No pudo subir la escalera de una sentada. Parábase en cada rellano sintiendo que la acometía de nuevo el ahogo de antes.

Una vez arriba, permaneció sentada cerca del balcón bien abierto, en aquella actitud tan bella de Dolorosa: la mano sobre el pecho, la boca anhelante, el mirar dulce, lleno de una tristeza de resignada que diríase celestial...



## CAPITULO XXXIII

**T**RANSCURRIERON primavera y verano sin que le ocurriera nada nuevo á Ernestina.

En el taller oíase la risa y el charloteo de las nuevas oficialas; al anochecer, al rematarse el trabajo, solía aparecer Víctor. Era aquella la única hora del día en que atrevíanse á estar solos, la más propicia á una dulce embriaguez que producía una especie de olvido ingénuo de su estado.

Volvíanse entonces encantadoras, palabras y acciones, llenas de esa suave indecisión respetuosa, de esa ternera vacilante de los enamorados tímidos, cayendo á veces en una leve imprevisión sentimental que avergonzábales al día siguiente.

Víctor no hablaba nunca de su amor, limitándose á demostrarlo al rodear á Ernestina de atenciones: acariciándola con gestos interrumpidos, con rozamientos ténues; dándola su devoción como un incienso; haciéndola confidente de pensamientos y preocupaciones, de todo, en fin, cuanto pasaba por su alma sencilla.

Conocía ella bien los sentimientos de Víctor, y placíale aquella intimidad ideal, aquella compenetración de espíritus. Consolábale aquello de sus negras rachas de neurastenia.

Segura de una muerte próxima, recibía las cariñosas insinuaciones de Víctor, con su estoicismo compasivo. A menudo, viéndole demasiado afligido y atormentado por su deseo que no se atrevía á expresar, le alentaba acercándosele con aire de abandono.

El escribiente, firme en su propósito de no perturbar el corazón de Ernestina, resistía. Y extrañábase la modista de que no le bésara las manos, de que no reclinase la cabeza sobre sus rodillas, de que no implorase algo para tener el consuelo de saberse correspondido.

Ella hubiera consentido gustosa con la sonrisa de quien sabe que á costa de poco enjuga las lágrimas de un niño.

Pasaba el tiempo, unos días mejores que otros, con leves recrudescimientos del mal.

Ernestina no había querido salir más del pisito. El recuerdo de aquel paseo, de aquel terrible acceso de ahogo, la estremecía... Resintióse largo tiempo de aquel paseo matinal.

Tampoco nadie—fuera de su cuñado—le habló más del plan regenerador que había de curarla.

¡Olvidábanse facilmente las cosas en casa de Ernestina!

Solo ella no podía olvidar; solo ella guardaba palpitante la recordación de aquella hora en que vió el cielo deslumbrante, las blancas flores de los arces, las montañas nevadas y el jugueteo amoroso de las alondras; aquella hora en la que tuvo noción de la libertad y de la vida, de la hermosura del mundo y de la Naturaleza, precisamente cuando todo estaba estropeado en ella; sus miembros atrofiados, sus pulmones paralizándose al menor esfuerzo, y ya no podía hacerla revivir aquel aire puro oxigenado que dilataba el pecho de los payeses y bruñía en rosa las lozanas mejillas de las pastoras.

Al llegar al otoño, Víctor creyó notar que Ernestina empeoraba. Una pequeña agitación, cualquier movimiento le producía un gran cansancio, un ahogo eno-

joso, del que tardaba largo rato en librarse.

Este estado de la costurera pasóles desapercibido á Julia y á su madre. Precisamente hallábanse metidas en un negocio cabalístico. Tratábase nada menos que de heredar á un pariente lejano que moríase solo allá en un villorrio montañés.

A últimos de octubre, Ernestina anegada en amargura, seguía atentamente el proceso de uno de aquellos paroxismos asfixiantes que tanto la asustaban. Estaba sola. La madre y Julia marcháronse aquella mañana á cuidar al agonizante soltero y acaudalado que había de nombrarles herederos. Ernestina sentada con el cuerpo bien derecho para mejor respirar, había dejado la costura y alzaba arriba su mirada trisísima.

El cielo diáfano, limpio de nubes por las rachas de un vientecillo desapacible, reflejaba aquella claridad verde y tristonada de los atardeceres otoñales. Grandes masas de vapor volaban raudas rozando al antiguo fortín cual una procesión de fantasmas violáceos. Un enjambre de golondrinas describían en lo alto grandiosos espirales. Eran una multitud de puntos negros casi imperceptibles, suspendidos con una indecisión atormentadora.

Aún sentíase entre sus angustias compasiva, Ernestina; dábale lástima aquel ejército de emigrantes buscando la incierta ruta de Oriente... La noche se echaba encima y ellos no cuidaban de hallar un albergue.

—No eran tan solo imprevisores los hombres.

Se le fué hacia Víctor su pensamiento. Nunca había sentido un tan grande anhelo de ser compadecida y acariciada. En su ensimismamiento creyó sentir un aliento suave, como un suspiro, por entre los rizos de su nuca. Se volvió sobresaltada. Víctor, inclinado, la miraba en silencio, con un temblorcillo en su barba lacia y negra de buen hombre.

—¿Tú por aquí, Víctor, tan pronto?

Explicó que, sintiéndose inquieto en el despacho, salió antes de la hora. Le decía el corazón que ella sufría.

—¿Verdad que sí, que sufrías?

—¡No, Víctor, no, como siempre!

Alargándole la mano le dió las gracias. Por vez primera se atrevió á hacerlo. Víctor la cogió fervorosa y quedaron mirándose largamente, como si se volvieran á ver después de ausencias interminables.

Para no afligir á Víctor reprimía su estertor penoso. Se le hinchaba el pecho quejumbroso y la frente se le ensombrecía contraída por un gesto de

energía. Víctor, reteniendo aquel apretón generoso, alentado, espoleado por la hora venturosa, con una expresión de ternura leal en su rostro enseriado, no se percataba de aquella lucha de la virgen, sintiéndose feliz. Pero ella, de golpe, súbitamente, destrenzó sus dedos de entre los de Víctor y abriendo el balcón violentamente, abrió la boca, aspirando por entre los dos porticones el consuelo de aquella brisa húmeda que ascendía del río, saturada de desagradables emanaciones. No podía más, se sentía morir.

Víctor, sorprendido, asustado, corrió por el cuarto, sin atinar con lo que tenía que hacer. Cogió un mantón de capucha y lo echó á las espaldas de Ernestina, para evitarle aquel frío crepuscular que á bocanadas entraba por el balcón abierto. Perdida la serenidad, se puso como loco. Comenzó á gemir, á abrazarse á las rodillas de ella, á decir un rosario de incoherencias, á suplicarle, en una ingénuo impetración, que no se muriera, que no le abandonase, que viera á volver á respirar, porque él se moría también de angustia.

—¡Te quiero, Ernestina!.. ¿Lo oyes?... ¡Te quiero, te quiero!..

Y repitió la palabra con una fe inmensa, como si tan solo con aquella letanía de dolor y de amor fuese po-

sible el remedio. Ernestina pareció confortada, efectivamente, por la declaración súbita de aquel amor. Con aquellas sus manos inseguras le alzó la frente, hundida en su falda, le tapó la boca y la suya, llena de desvanecimiento, dijo unas palabras bajas, suspirantes, como un confuso y leve sonido.

—¡Calla, Víctor, calla!

Víctor comenzó á llorar un llanto fuerte, de entrañas, que apagó todos los rumores del cuarto, con su hipo violento.

—Calla, Víctor, calla. Fíjate, estoy mejor.—Y la dolorosa le sacudía como á un niño tozudo que no se deja vencer.

Poco á poco se fué serenando. Fué un llanto fluido, apacible, uno de aquellos llantos que caen sobre el alma, benéficos. Ella lo levantó.

—Ven, anda, siéntate aquí; á mi lado.—Hablaba aún con fatiga, mientras cerraba el balcón y bajaba las cortinas.

Aquel gesto precavido de Ernestina, casi innecesario, ya que desde la casa de enfrente no podían verle, alentó á Víctor. Su alma, entrísteada poco antes por el temor de perder á la que ahora ofrecíale tan bellas seguridades de complicidad, rehízose con un egoísta anhelo de ternezas. Evocó apasionadamente

los grandes deseos incomprendidos de su vida, aquella busca infructuosa de un amor espiritual. El era tímido, miedoso, sensible... Fué siempre menospreciado; nadie le ofreció una caricia desinteresada, ni un elogio espontáneo, ni una triste mirada de admiración.

—Sólo tú Ernestina, has alegrado mi orfandad y por esto te quiero — ¡perdónamel.. ¡te quiero, te quiero!.. — Y volvía á repetirlo implacable, lanzando, vehemente, 'aquel secreto que ocultó tanto tiempo.

Ernestina no le interrumpía; escuchábale impasible con el rostro sereno, inclinándose hacia él caritativa, con la estatuaria quietud de un ángel sobre un sepulcro.

— ¡Pobre Víctor! ¿Por qué dices esto? ¿Qué podemos hacer ahora?... ¿qué vida llevaremos uno al lado del otro?...

También ella sentía ansias de amor, también soñaba y no sabía lo que hubiera sucedido en aquellas horas en que la tristeza y el abandono la hacían ser mala si él, acercándose valiente, hubiérale hablado como ahora.

—Quizá haya sido mejor... Estaba desesperada. Ahora, Víctor, ya ha pasado el peligro; no sé, pero tengo la sangre como endurecida y me siento incapaz de rebeldías.

Desvaneciase en la hora gris, cual una

sombra que se sutiliza, cual una visión que se aleja.

Creyó Víctor que iba á escapársele, á deshacerse en aquella mística claridad de crepúsculo otoñal... Ciñó la cintura con ambos brazos.

— ¡Ernestina, Ernestina!...

Suplicaba algo impreciso. No sabía ciertamente lo que quisiera.

—Basta, Víctor, basta. ¿Qué quieres? Te estoy muy agradecida; me has curado y has llorado conmigo. ¡Nadie ha hecho otro tanto! No sabría negarte nada, por eso te he dejado, sin protesta, besarme las manos... Me hacían bien tus besos... ¿Qué más quieres?

Conmovida por las propias palabras callóse; después, sin querer, impelida por aquella fuerza sentimental superior á ella, prosiguió sublimemente impúdica:

—Ya no debo gustarte, Víctor; pero si aún sientes ansias de mi cuerpo, tómame, si quieres... Al fin y al cabo, nadie me ha enseñado á ser virtuosa ni á temer á Dios... Mas ¡ya es tarde!... Sosiégate; piensa que también yo te he querido y sigo queriéndote, pero sin fuego, sin pasión, con la poca vida que me queda.

Él besábala, sollozando, en la frente, en el cabello, sobre las ropas, con un desespero sin límites, como quien besa á un cadáver. Ella estrechóle un mo-

mento contra su pecho, misericordiosa. Después inclinó la cabeza y dejó caer lánguidamente los brazos sobre Víctor quieto, aniquilado, vencido... echado á los piés de ella, como un perro.

Era de noche. Afuera parpadeaban ya las luces.

Chirrió una llave en la puerta del piso.

Entró Mercedes y sorprendida por la obscuridad, permaneció indecisa. En su mente hubo una chispa de malicia. No lo creía posible, pero deseaba que fuera cierto para gozar en el conocimiento de la cosa pecaminosa.

Avanzó de puntillas escuchando...

En el cuarto de su hermana oíase un aletear de suspiros y un gemido pequeño y acompasado... Una voz apagada sonaba, con intermitencias...

¡Era Víctor!

Mercedes, que al entrar en la casa había sentido como un vaho ardoroso, quedóse yerta y desorientada. ¿Qué sería aquello?

\* \* \*

Al día siguiente, cuando doña Rosa y Julia volvieron con el desengaño este-reotipado en los semblantes, participó-les el gran descubrimiento.

—Ayer, en el cuarto de Ernestina, lloraba Víctor.

Doña Rosa, incrédula, agitó las manos imitando el tumultuoso volar de algo ligero que mariposea, brilla, huye y no deja rastro...

—Tu si que... ¡estúpida!

Julia, con todo, mordíase el labio inferior pensativa y sonrojada.